

Andrea Pagni
conversando con Tununa Mercado

Itinerarios de la memoria, trazos de la escritura

Conocí a Tununa Mercado personalmente en Eichstätt, por mayo de 1993, con motivo de un congreso que reunió a escritores y críticos argentinos, uruguayos y alemanes para reflexionar sobre lo que se escribía entonces a ambas orillas del Río de la Plata. Volvimos a vernos en Buenos Aires al año siguiente, y nos encontramos a tomar un café en el bar La Paz, sobre Corrientes. Cuando el año pasado leí el trabajo de Alberto Giordano que aparece publicado en este mismo número, le escribí a Tununa Mercado contándole que íbamos a publicar ese artículo sobre *En estado de memoria*, y proponiéndole una entrevista.

Habíamos acordado reunirnos una tarde, durante mi viaje a Buenos Aires, para hablar sobre la memoria. Por no llegar tarde a la cita llegué media hora antes y me senté a dejar que transcurriera en un bar frente a la plaza Rodríguez Peña, dedicada a releer las últimas páginas de *En estado de memoria* y a pensar en esa plaza. Porque la de Rodríguez Peña no es una plaza cualquiera, es una caja de resonancias literarias. Allí había descubierto la narradora a Andrés, habitante de un banco, que usa de almohada un ejemplar de *La historia de Perón*, la novela de Tomás Eloy Martínez. Y “la escritora Tununa Mercado, que tenía la costumbre de caminar con su perro a esas horas tardías, se cruzó con él [un personaje de *Santa Evita*, de donde cito, del mismo Tomás Eloy Martínez] en la plaza Rodríguez Peña. [...] A Tununa la han conmovido siempre los hombres que viven en esa plaza, a la intemperie.”

Tununa Mercado
 ha publicado los siguientes libros:

Celebrar a la mujer como una pascua. Buenos Aires: Jorge Álvarez 1967 (Mención Casa de las Américas).

Canon de alcoba. Buenos Aires: Ada Korn 1988 (Premio Boris Vian).

En estado de memoria. Buenos Aires: Ada Korn 1990.

La letra de lo mínimo. Rosario: Beatriz Viterbo 1994.

La madriguera. Buenos Aires: Tusquets Editores 1996.

Desde el noveno piso del edificio donde ella vive con los suyos, el paisaje de azoteas y techos de Buenos Aires aparecía iluminado con el último sol; separado por un angosto abismo, al otro lado de la ventana se levantaba el muro del edificio vecino. Esa tarde del 6 de octubre nos interrumpió la conferencia de prensa en la que Chacho Álvarez renunciaba indeclinablemente a la vicepresidencia de la nación, y sentadas frente al televisor, decidimos continuar la charla unos días más tarde.

Todo esto que puede parecer, como introducción, bastante banal, no es sino un intento de transmitir, mínimamente, la atmósfera en que fueron hilvanadas las palabras que siguen, en esas tardes, en aquel lugar que estas líneas evocan ahora.

AP: Hay, en tu libro *En estado de memoria*, una reflexión insistente sobre la carencia, el despojo, el desamparo como condición estructurante de la narradora y de la escritura. ¿Podrías hablar sobre el lugar desde el que te fue posible o necesario empezar a escribir ese libro?

TM: Hay una coherencia bastante notable entre todos estos núcleos del despojo. No sólo ser despojada de la pro-

pia escritura cuando se es una escritora fantasma sino también del cuerpo en relación con la ropa, y una insatisfacción muy grande alrededor de eso que va a cubrir el cuerpo, así como también desamparo y decepción frente a la propia imagen en el espejo. Otras señales del desamparo son la intemperie, el no estar en la lista. Es el despojo de la escritura que se hace presente en el momento en que uno se pone a escribir. En realidad, ponerse a escribir es ser totalmente pobre. Sólo después, en la escritura, se va poblando ese desierto o se va vistiendo esa desnudez; y aun así, cuando ya se posee algo, comienza el desposeimiento: quitar, podar, corregir.

AP: Ese despojo fundamental tiene, en el caso de la escritura de *En estado de memoria*, también una circunstancia histórica precisa, la vuelta a la Argentina después del exilio en México...

TM: Fue por etapas: una puesta a prueba inicialmente, porque hasta entonces no había cobrado forma la decisión de volver. Es como si hubiese habido un descreimiento total de que la situación pudiera cambiar alguna vez en la Argentina. Cuando vengo por primera vez, ya en democracia, en el 84, lo histórico, anecdótico, es un viaje a Córdoba, la ciudad en donde nací y de la que me fui sin darme cuenta de que tal vez ése ya era un "exilio". Mi padre había muerto estando yo en México, en plena dictadura y la visita al cementerio fue realizar que esa muerte se había producido, hacer real el vacío que había dejado mi padre. Y después, el contacto con el mundo de Córdoba. Todo era llorar y reírse. Porque había también un tipo de

humor, de chistes, con la familia, con los amigos. Y me dije: si puedo llorar y reírme de este modo, tengo que volver.

Después, en el 86, cuando vinimos a hacer la prueba, toda esa proyección a futuro –"hacer pie en Buenos Aires", "un lugar donde sentarnos para ir viendo"–, de pronto convierte el regreso en el cierre para un recomienzo. La figura es un círculo que, en el punto en que cierra, se relanza: a partir de ahí empieza otra etapa de mi vida. Necesito hacer ese cierre, me parece que es como una resolución que tiene que tener todo exilio, el regreso.

Surge entonces la fantasía de que iba a poder escribir. Era una fantasía también espacial, la de ordenar o armar la casa: tener un telar, porque entretanto había aprendido a tejer –cosa que aparece en algunos textos míos– y, enfrentada, una mesa con la máquina de escribir.

Pero se produjo un descenso a los infiernos. Fue tan fuerte el reencuentro con la Argentina que la imagen ideal de esa alternancia entre telar y máquina de escribir dejó de ser un sueño para convertirse en una solución terapéutica. Como quien obedece a un mandato empecé a escribir la primera escena del libro, que fue escrito como un flujo desde ese primer capítulo hasta el final.

AP: Quiere decir que no tenías un plan previo...

TM: No, la estructura se dio sola, al escribir, no hubo capítulos que tuviera que acomodar, no, de modo que es un azar que uno de los textos, "Celdillas", que es el más inasible y abstracto esté justo en el centro. Algo se había desencadenado, esa escritura tenía que hacerse; yo tenía en aquel

tiempo urgencia por venir a casa y ponerme a escribir. Alguien podría pensar que se trataba de una especie de catarsis, pero yo creo que no, era francamente un duelo, una instancia sobre la que era incapaz de pensar aun cuando la estuviera viviendo.

AP: Tu escritura es evocadora. El trabajo de escritura como ficcionalización es también, en tu caso, un trabajo de la memoria. Quiero decir: la escritura está haciendo el trabajo de duelo a partir de una recuperación, reconstrucción, reinvención del recuerdo.

TM: La evocación pareciera ser el gesto. Cuando me pongo a escribir, siempre se produce esa vuelta a un pasado para recuperar algo que se ha perdido. En ese gesto se puede reconocer lo que decías acerca del despojo, un estado de pérdida que busca auxilio en la recuperación de aquello que pueda restablecer ese imposible "lleno" que es la sustancia de la pérdida: la vida vivida, la infancia, tiempos que transcurrieron y que el exilio exacerbaba.

AP: ¿Y cuál es la disposición para poder escribir, para ese trasvasamiento?

TM: Aunque parezca contradecir la idea de un flujo más o menos libre y la facilidad que esto implica, hay represión. Escribir el dolor, por ejemplo, exige una mutilación: "no puedo decir tal cosa, no puedo decir tal otra". Tengo que quitar, ceñir, no puedo melodramatizar, no puedo "hacer literatura", rellenar espacio con efectos. La exigencia mayor y la más difícil de seguir es la que dicta la propia sintaxis del texto, que reclama ser respetada al mismo tiempo que necesita crecer libremente.

AP: Me llamaron la atención todas esas imágenes que tienen que ver con los

modos del recordar, imágenes que son a veces de almacenamiento —baúles, carpetas, roperos— pero también imágenes de impronta, de huellas, de marcas...

TM: Esa noción de atesoramiento está en *La madriguera* desde el título. *La madriguera* empieza por la construcción del espacio: se entra al libro desde el zaguán de una casa que es algo así como la casa de la escritura y la casa de la memoria. Desde allí se da una proyección hacia el interior y hacia el pasado, un mundo que ha permanecido oculto, como el de los objetos que se esconden en los juegos infantiles con la perspectiva de que en el futuro van a ser descubiertos. Al entrar y al abrir ese recinto lo que apareció fue mi propia historia. Si primero, en *En estado de memoria*, lo que se abrió fue la Argentina, después yo entré, con *La madriguera*, más en la dimensión personal, la que se guarda en los roperos...

AP: En muchos de los textos de *En estado de memoria* aparecen la ciudad y el cuerpo como medios a través de los que la memoria se va procesando. Me refiero a los modos en que la ciudad emite mensajes, a los síntomas que el cuerpo itinerante produce. También en *La madriguera* aparece el tema del regreso a ciertos lugares, el tema de los itinerarios...

TM: Como si fuera una especie de "flâneuse" cordobesa, con perdón de la atribución de flânerie, tan prestigiosa. En *La madriguera* la reapropiación del espacio se hace a partir de ese cubo del zaguán; ese es el núcleo que desencadena la escritura. Se me ocurre que ese movimiento tiene que ver con espacios femeninos: la casa, el lugar cerrado, el cuarto,

todas las historias parten de allí. Además, para retomar lo de los itinerarios, en esas travesías está la recuperación de la memoria. Como si hubiera una relación entre quien camina, su ritmo, los hitos de esa travesía, que son los lugares en los que la historia ocurrió –bares, una calle, una casa– y el transcurso mismo del relato a medida que se escribe. Los lugares, los objetos, convocan, y su llamado se multiplica en señales al caminar en círculo alrededor de la plaza, en esa búsqueda de Andrés, el vagabundo. Se persigue siempre un objeto.

AP: Ese objeto ¿está ahí para ser apresado en la escritura, o se va creando más bien a medida que la escritura fluye?

TM: Esos objetos, esas cosas, esos seres, que se han acumulado sobrevalorados, como si se los hubiera visto a través de un vidrio de aumento, empiezan a “decir”. Después hay una descarga en la escritura; creo que ése es más o menos el mecanismo con el que escribo. Es un andar que se encabalga sobre la memoria y va soltando, como si decantara, la materia del relato.

AP: Hablabas en *La madriguera* de reservas...

TM: En *La madriguera* los encierros se abren –desde el título mismo– y dejan en libertad objetos minúsculos, una estampita, un diente de perro, percepciones que se han des-trabado y vuelven en el momento de escribir. Tengo la impresión de que todo ese material de la infancia es una reserva como la que mantiene la memoria de la lengua en sus trasfondos, para no hablar del inconsciente, ese mundo subterráneo latente, que emerge cuando se pone en funcionamiento la máquina del recordar o de

analizar, cuando se está, justamente, en estado de memoria.

AP: Mi pregunta inicial se refería al lugar desde el que te fue posible empezar a escribir ese libro que es un libro sobre el despojo. Al final, la imagen del muro que “se filtró sobre su línea fundante, como un papel que se desliza vertical en una ranura” remite a una transformación del aislamiento en / por la escritura, pero la caída del muro connota también una desprotección. ¿Qué implicó haber escrito *En estado de memoria*? ¿Dirías que escribir *La madriguera* fue posible desde ese lugar recuperado que al comenzar a escribir *En estado de memoria* no existía?

TM: Sí, “El muro”, que se armó así, da un final pero al mismo tiempo un recomienzo. Es inesperado como texto, no me imaginé que podía derivar así, se impuso como un cierre, pero paradójicamente quedó en el resquicio un núcleo para que yo después retomara *La madriguera*.

AP: Hay un trabajo de duelo realizado sobre la experiencia del exilio en *En estado de memoria*, hay otra escritura de duelo en *La madriguera*. ¿Tiene fin el trabajo de duelo de tu escritura?

TM: Alguna vez se me ocurrió decir “escribo Córdoba”, y creo que estaba diciendo “escribo la pérdida”. Los duelos no cesan en la escritura, están allí en una producción permanente. No son una motivación, ni un motivo, sino una extraña manera de recomponer la relación con la escritura, de escribir lo que está escondido, de despertar las zonas de dolor, acaso para que duelan de una manera diferente, ya sobre la hoja de papel. Sé que es ilusorio ese deseo,

pero sólo escribiendo se restaura el eros.

Buenos Aires, 6 y 11 de octubre de 2000

Victor Bulmer-Thomas

Perspectives on US Latin American Policy

With the election (or should we say judicial selection?) of a new president in the United States (US) out of the way, it is an opportune moment to consider how US policy towards Latin America and the Caribbean (LAC) might change in the next few years.

George W. Bush, the president-elect, is no stranger to Latino politics in the United States. A (modest) Spanish-speaker himself, with a Mexican sister-in-law and a brother who governs Florida with its diverse range of immigrants from LAC countries, George W. Bush has learnt from the voters in Texas about the main issues of interest to Latin America and has already made it clear that bringing the Free Trade Area of the Americas (FTAA) to a successful conclusion will be one of his highest priorities.

This is good news for the 32 LAC countries that are currently negotiating with the US and Canada. Although a draft text of a treaty will be available for discussion at the meeting of trade ministers in March 2001 in Buenos Aires, there is a widespread feeling that progress will not be made in ironing out the points of disagreement without a demonstration of US leadership.

Like President Clinton, George W. Bush will be faced with the thorny issue of winning fast-track negotiating authority from the US Congress. If he drops all reference to labour and environmental standards, he may just be able to win approval from the small Republican majority. This might seem the logical step to take. However, it goes against the trend of recent US trade policy. The recently concluded free trade agreement with Jordan includes labour and environmental standards not as side agreements (as in NAFTA), but as clauses in the main text. The same will happen in the free trade agreement with Chile, on which negotiations are about to begin. Thus the President-elect may prefer to win fast-track authority with some reference to labour and environmental standards, knowing that for every Republican defector he may be able to recruit at least one Democrat.

A successful meeting in Buenos Aires would indicate that the FTAA is on track to be launched by 2005 (some LAC countries are suggesting that the timetable be brought forward). This would be very helpful for President Bush (as he will then be known) as he heads to Ottawa in April 2001 for the next Summit of the Americas. The Canadians, as the hosts, control the agenda, but the Canadian government is very interested in hemispheric integration and will no doubt use the occasion to push ahead to try and remove the remaining obstacles.

Canada, however, is also likely to include on the agenda the normalisation of relations between Cuba and the United States. This will be much more problematic for George W. Bush. The business interests that funded his campaign are interested in gaining access to the Cuban market before other foreign companies become too deeply entrenched. Yet Bush's narrow electoral victory owed much to the overw-